AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 24.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Peinado.—Guarnicion para trages.—Cartera para labor.—Dibujo para la cartera.— Ropon María-Antonieta.—El angel bueno, (novela).—Los colegios.—Equipos para baños de mar.—En el campo en que tú vives.—El corredor de playa.—Literatura.—Problemas de ajedrez.—Explicacion del figurin iluminado.—Advertencia.

Peinado.

Cada uno de los tres bandós que componen uno de los lados de este peinado se hace sobre un *crepé* montado en un peinecillo; estos crepés y estos peinecillos son de diferente largo; la castaña es á ondas, sujeta encima de los cabellos verdaderos, que están atados y trenzados, y aquel se rodea con esta trenza. En el lado izquierdo, detrás de los bandós, se coloca una garzota y un ramo de plumas; una pluma guarnece la parte anterior de la cabeza entre los dos bandós superiores; tambien se ponen espigas de oro en diferentes puntos de los bandós

PEINADO VISTO POR DETRAS.

Guarnicion para trages.

Este arabesco se hace de cinta estrecha rodeada con una trencilla fina de seda; se le coloca en el medio de cada paño, á 4 centímetros de distancia del borde del trage; sobre la costura que reune cada paño, se coserá una cinta igual disponiéndola en buclecilos, es decir replegándola sobre sí misma; estos se terminan á 30 centímetros de distancia del borde inferior del trage; partiendo de este punto, la cinta se cose plana, cuya cinta ya se comprende que va tambien rodeada de trencilla, como la del arabesco. El primer buclecillo (el mas próximo al borde inferior) tiene 5 centímetros de largo; viene en seguida un espacio liso de 4 centímetros, —un buclecillo,— un espacio liso, y así sucesivamente; estos buclecillos se van acortando insensiblemente al subir.

El procedimiento mas fácil para ejecutar el arabesco será el de calcar sus contornos, recortar el fondo por dentro y por fuera, fijar el recorte de papel sobre la tela, y trazar el dibujo con algodon blanco grueso.

Para trages de moer, de piqué, etc., se podrá ejecutar el arabesco con trenza de lana negra, color castaño, azul ó verde.

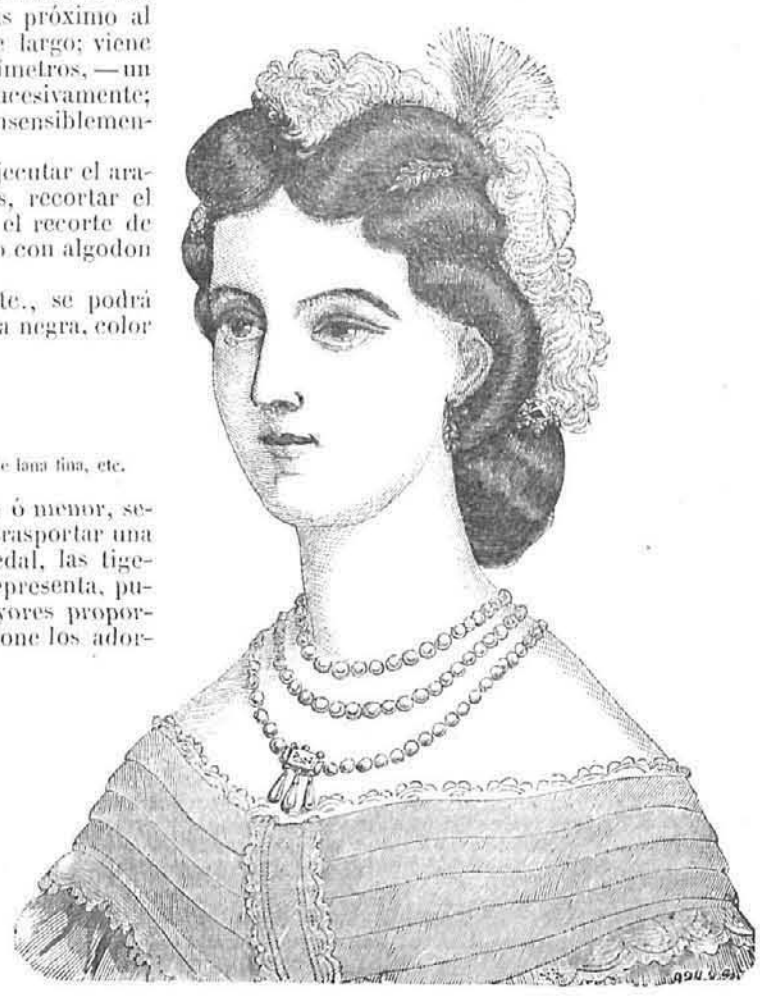
Cartera para labor.

MATERIALES.—Tafilete gris: galones de seda ó de lana fina, etc.

Se podrá hacer esta cartera mayor ó menor, segun se quiera; es muy cómoda para trasportar una labor de bordado ó de crochet, el dedal, las tigeras, etc. Además del dibujo que la representa, publicamos otro que reproduce en mayores proporciones la labor de bordado que compone los adornos. Digámos tambien que puede sustituirse el tafilete con cachemira, terciopelo ó moaré.

La tela, cualquiera que ella sea, se dobla de modo que uno de sus bordes exceda un poco del otro; se redondea algo este borde, que sirve de tapa, y en el medio de ella se pone una presillita para enlazar con un boton colocado en el medio de la cartera. Las tres costuras en *espina* se hacen con lana céfiro negra, separadas por un galon negro y otro encarnado; el primero se festonea (no muy apretado) con lana encarnada: en el medio se hace alternativamente una cruz con seda blanca (compuesta de dos puntos largos) y un solo punto ejecutado con lana encarnada. El galon encarnado es festoneá con lana céfiro ó seda blanca; en el medio se hacen *vellones de armiño* pequeños, compuestos de dos puntos negros y uno blanco. La cartera se ribetea con galon encarnado mas ancho que el anterior, adornado por el derecho con el feston blanco y los *vellones de armiño*.

La cartera se forra de cachemira encarnada. Se le pueden hacer por dentro dos compartimientos; se cosen los dos transversales; se hace un dobladi-



PEINADO VISTO POR DELANTE.

© Biblioteca Nacional de España

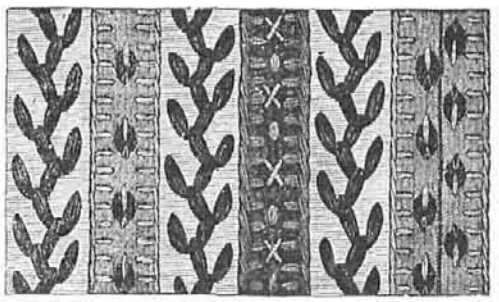
llo en el forro sobre las costuras; en fin, se coloca en el centro un ojal ó presilla de acero, ó bien de pasamanería negra.

Ropon María Antonieta.

Este pardesus conviene en todas circunstancias, y en el presente verano se reproducirá en toda clase de tela: sirve para vestido de calle y de visita, de viaje y de campo, etc.

Se le podrá hacer de tafetan igual al trage, de tafetan negro, de fulard liso, de popelina de verano, linó, pelo de cabra ó alpaca.

Se emplearán para esta pieza 4 metros y 50 centímetros de tela que tenga 59 centímetros de ancho. En la espalda se forman dos pliegues, y sobre ellos se ponen dos muletillas reunidas por dos presillas hechas con cordon de seda, por medio de las cuales se puede ajustar la espalda mas ó menos, segun el talle de la persona. El ropon y las mangas se guarnecen con un ancho rizado *á la vieja*, de la misma tela que la empleada en el resto de la pieza. El corchete con que se cierra por delante se cubre con un lazo hecho de cinta ancha, negra si el ropon es negro, y en general del mismo color de la tela con que este se forma.



DIBUJO DE BORDADO PARA LA CARTERA DE LABOR.

EL ANGEL BUENO.

(NOVELA.)

I.

Luis del Moral era un jóven á quien faltaba muy poco para ser completamente feliz. Pero habia sufrido desde la cuna y uno tras otro, veinte y cinco años de pobreza, y en esos veinte y cinco años familiarizándose con todos los vicios que entre la gente de posicion suelen pasar por necesidades, y que en ciertos casos pueden muy bien aceptarse como recursos. Luis bebia, fumaba, conocia todos los juegos, inclusos los de prendas, y no le era indiferente el trato con el bello sexo. Estos cuatro polos de su vida, faltos de la atraccion que debia unirlos entre sí, le obligaban á confesarse el hombre mas desventurado de la tierra.

Luis tenia, sin embargo, como tiene cada hijo de vecino, su ángel bueno.

El ángel bueno de Luis era un ser que le habia amado en el mundo, y que ya en el cielo habia tomado por su cuenta la delicada mision de velar por él.

Una noche jugaba Luis á la banca en un café de los mas ignorados de la corte. Habia perdido una tras otra, las dos ó tres onzas que constituian su capital; y pálido, calenturiento, apretaba en su mano convulsa un napoleon, tabla asida en el naufragio de su fortuna. El ángel, entre tanto, cernia su vuelo sobre la cabeza de los concurrentes, ahogado con el humo de los cigarros, y teñidas de rubor las megillas.

En esto una inspiracion repentina hace brillar los ojos de Luis, y el napoleon cae depositado á los piés de una sota, que fué derrotada en puerta por un as de oros.

Luis no lanzó ni siquiera un suspiro; alzó los ojos ya apagados al cielo, y sin duda sus ojos se encontraron con los del ángel, porque yo ví dibujarse en sus labios una sonrisa melancólica.

Dos ó tres amigos le rodearon, tratando de consolarle, y alguno hubo que le aconsejó volver á probar fortuna pidiendo prestado; pero el ángel le iba conduciendo lentamente hácia la escalera, y él estaba demasiado abatido para resistir.

Ya tocaba el dintel de la puerta, cuando se oyó una voz en medio de la sala:

—Este napoleon es falso!

—Hé allí su dueño que se marcha, exclamó otra voz.

Luis vaciló un instante, pero no tardó en responder irguiendo la cabeza:

—Ese napoleon no es mio, y miente todo el que lo diga.

—Yo lo aseguro.

—Venid á sostenerlo en otro sitio.

Un sordo rumor, preludio de la tormenta que todos creian próxima, acogió las palabras de Luis.

Pero su adversario no se movió; sonrióse con aire de lástima, y entregó su targeta á uno de los amigos de Luis.

Pocos momentos despues, y en tanto que el arruinado jóven se dirigia á su casa, cuatro hombres discutian en una mesa del Suizo el medio mas seguro y mas fácil para que uno al menos de los dos agraviados dejára de existir.

Uno de los cuatro era el que habia dado á Luis á sabiendas el napoleon falso, al cambiarle una moneda de cinco duros.

II.

Cuando Luis del Moral llegó á la puerta de su casa, eran ya mas de las doce de la noche.

Algunas gotas de esa lluvia helada y perezosa de Diciembre, caian á plomo y se quebraban en el suelo, y apenas se tropezaba en la calle con un transeunte, fuera de los que envueltos en su largo albornoz de capucha, solian gritar de vez en cuando:

—Las doce y cuarto y lloviendo!

Durante el tránsito que Luis tuvo que recorrer hasta la calle del Olivo, donde vivia, cien pensamientos, á cual mas siniestros, cruzaron por su imaginacion. Pero la esperanza, esa madre comun de los pobres, no le habia abandonado todavia, y aquellos pensamientos se deshicieron por sí mismos, como se deshacen las nubes, tras las cuales desaparece el sol mas radiante que nunca.

Es verdad que Luis era huérfano y solo en la tierra: es verdad que los 30 ó 40 duros que le producian al mes las novelas francesas que traducia, y los vaudevilles que daba por suyos, no bastaban para sus obligaciones, y mucho menos para sus vicios; pero Luis, como otros muchos, no desconfiaba de poder atrapar una rica heredera, ó conseguir un destino de importancia el dia menos pensado, por la generosa mediacion de un amigo.

Lo único por consiguiente que inquietaba al jóven cuando llegó á su casa, era la idea de que le esperaba un desafío, que no podia menos de ser muy formal, y la no menos desagradable de que la lluvia hubiera dejado inservible su elegante sombrero, resto de pasadas grandezas, y al cual era imposible reemplazar con otro.

Pero Luis exageraba su desgracia en este último punto: el ángel bueno seguia velando por él, y su sombrero estaba incólume, porque las alas le habian protegido mas que pudiera hacerlo el más monumental de nuestros paraguas de familia.

Embebido en tales pensamientos, subió nuestro héroe casi á oscuras unos noventa escalones, y tocó con la mano en la puerta de su habitacion.

Pero antes de que la abrieran; y antes de que pensara en llamar de nuevo, entreabriose un ventanillo del cuarto inmediato, y una voz femenil preguntó misteriosamente:

—*Luis, ¿eres tú?*

—Sí, Dolores; estoy algo malo y me recojo temprano.

—Tambien mamá se ha acostado ya hace gran rato, y yo estaba leyendo cuando te sentí subir.

—Y á propósito, Lola, tengo necesidad de hablarte despacio.

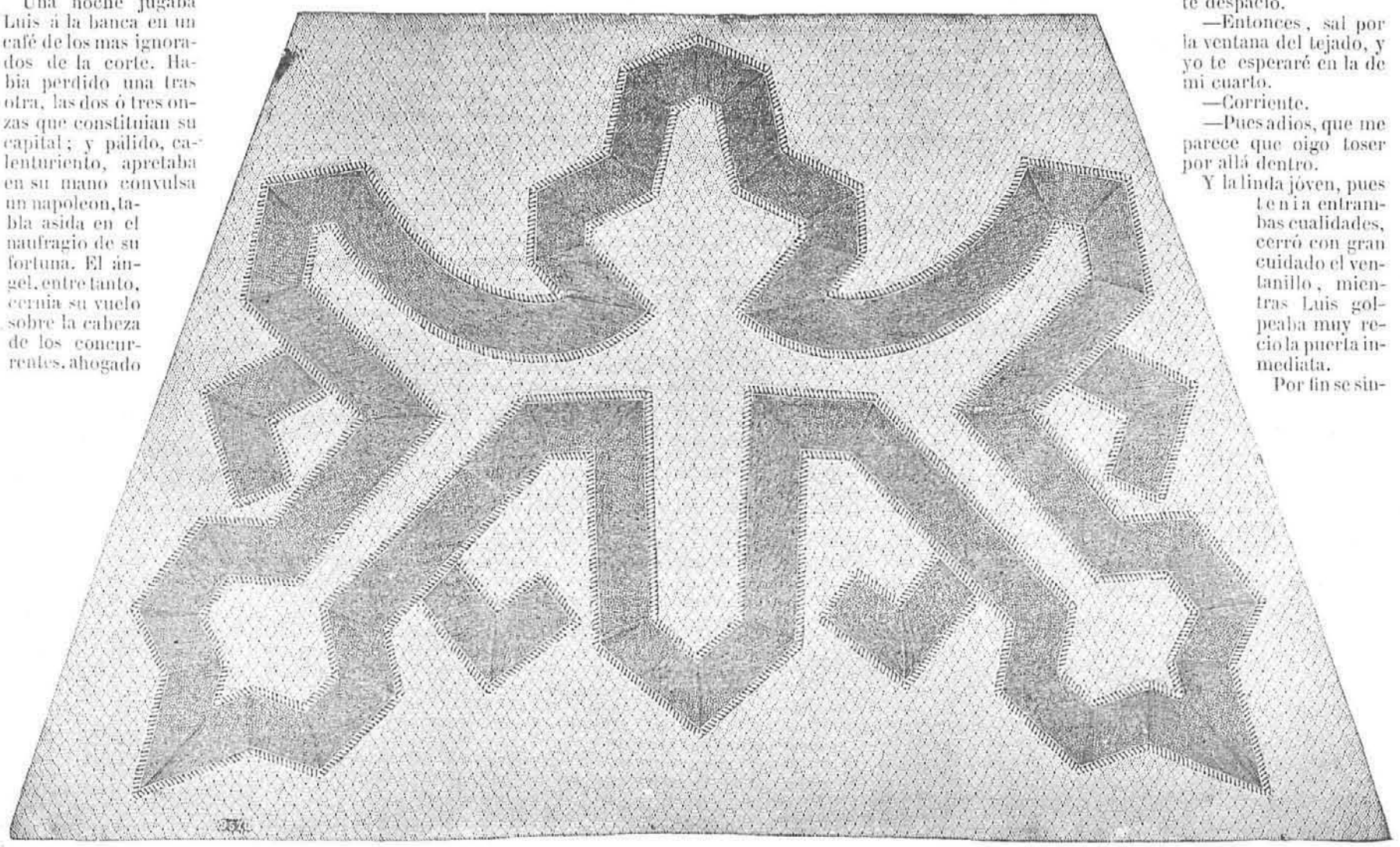
—Entonces, sal por la ventana del tejado, y yo te esperaré en la de mi cuarto.

—Corriente.

—Pues adios, que me parece que oigo toser por allá dentro.

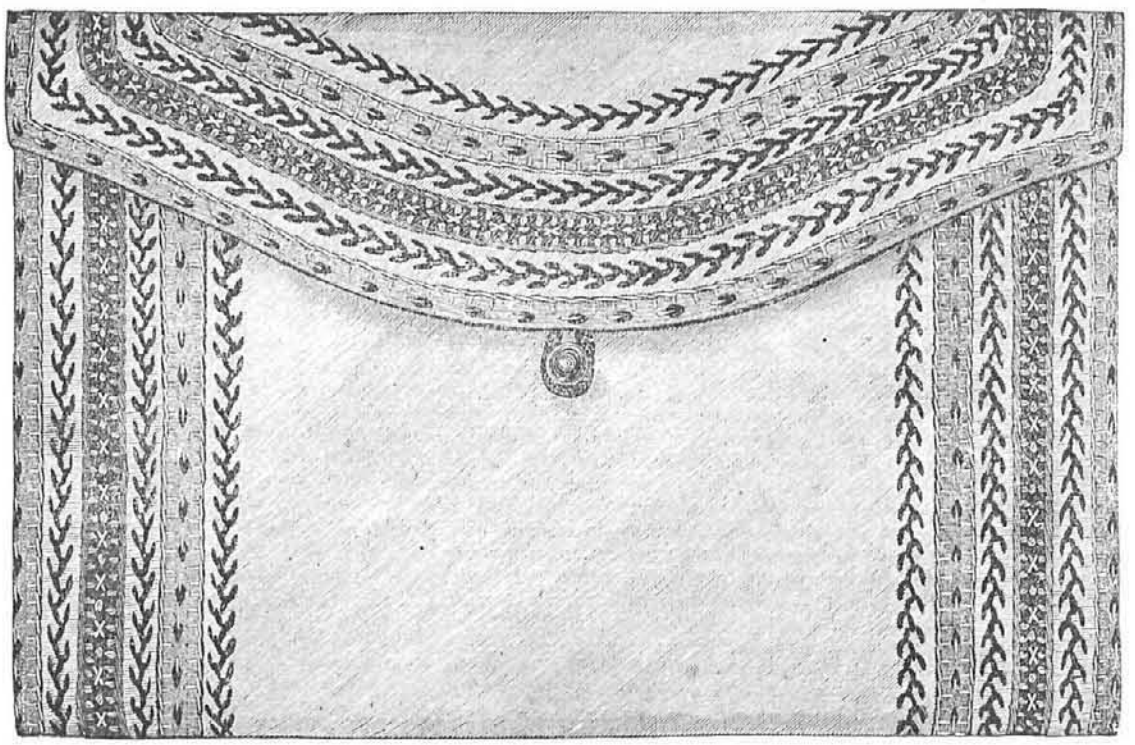
Y la linda jóven, pues tenia entrambas cualidades, cerró con gran cuidado el ventanillo, mientras Luis golpeaba muy recio la puerta inmediata.

Por fin se sin-



GUARNICION DE TRAGE.

© Biblioteca Nacional de España



CARTERA DE LABOR.

tieron pasos, y una vieja, sobre cuya nariz cabalgaban unos enormes lentes, flanqueó la entrada al desventurado mancebo, tras del cual penetró invisible su ángel custodio.

Momentos despues, y en tanto que Luis sentado en una silla, se quitaba tranquilamente las botas, y el ángel, reclinado en el catre de tijera de su protegido, discurria el medio de *librarle* del peligro que le amenazaba; se abrió una ventana del próximo sotabanco, y apareció medio envuelta en un cobertor la muchacha que ya conocemos. Luis sintió el ruido de aquella ventana, y con las babuchas en la mano corrió á la suya, por donde no tardó dos minutos en desaparecer.

El ángel bueno echó á andar tras él por el tejado; pero sea que este no le inspirase confianza, sea que temiera presenciar el espectáculo poco grato para sus costumbres, de una despedida amorosa, el caso es que cuando la vieja patrona de Luis cerró la ventana y la alegre vecina hizo lo mismo, el genio bienhechor se quedó dando paseos por el tejado, aplicando una vez que otra el oido á la habitacion de Dolores, y batiendo las anchurosas alas, no tanto para que escurriera la lluvia sino para espantar el frio que azotaba sus espaldas, mal cubiertas con un sencillo tul de ilusion.

III.

Ya habian dado las seis de la mañana cuando Luis pudo volver á su cuarto. Sentóse delante de una mesilla de pino, y despues de escribir un corto rato, llamó tranquilamente á la patrona.

—Señora, la dijo al verla aparecer; usted ha sido para mí una segunda nodriza.

—Cómo, caballero!

—*Sí; usted me ha alimentado y servido con el* interés mas tierno; ha acudido á todas mis necesidades, mientras yo desatendia las suyas; ha hecho por mí cuanto ha estado en su mano, y si alguna vez me ha pedido dinero ha sido por no poder pasar por otro punto.

—Es verdad.

—Pues bien; ha llegado la hora de la recompensa. Dentro de poco debo emprender un viaje del que acaso no volveré...

El ángel se extremeció, y al apoyarse en la mesa derribó el tintero sobre los manuscritos.

—Si esto sucede, prosiguió el jóven, quiero que usted conserve de mí algo mas que el recuerdo de mis calaveradas.—Y Luis sacó y puso sucesivamente sobre la mesa:

Una pluma, regalo de una actriz de teatro casero, adornada con muchos avalorios y florecitas imitando pensamientos.

Una zarzuela en dos actos, sin música, titulada LOS TRABAJOS DE HERCULES, cuyos versos imitaban tambien pensamientos.

Una pistola de dos cañones, descompuesta, con unas iniciales que no correspondian á su nombre.

Una sombrerera, dentro de la cual se veian en amable desórden pañuelos, paquetes de cartas, calcetines y varias vistas estereoscópicas.

Y un retrato de mujer encerrado en un medallon de cobre que se conocia no era el primitivo.

El ángel sonrió tristemente al ver este retrato, que tenia una perfecta semejanza con su rostro.

—Hé aquí, dijo el mancebo, reuniendo aquellos diferentes objetos, lo que regalo á usted, cualquiera *que sea mi fortuna, para que conserve algo de* mí; en cuanto á lo demás, en este papel están escritas mis intenciones.

Y dió un pliego cerrado á la patrona, que salió de la habitacion con las lágrimas en los ojos, murmurando:

—Pobrecillo! ¡Yo hubiera querido, y esperaba, morir á su lado!

Serian las siete cuando los amigos de Luis se presentaron en su casa.

—En marcha, dijeron á una voz: el coche nos espera.

—Ah! exclamó Luis con cierta alegria: vamos en coche.

—Oh! murmuró el ángel subiéndose en la trasera, yo le salvaré.

A las siete y media el carruage paraba junto á la venta del Espíritu Santo. Ya estaban allí el contrario y sus padrinos.

—Caballero, dijo Luis dirigiéndose al primero, mientras los testigos preparaban las armas; sea cual fuere el resultado de este lance, quiero que conste que el origen de esta cuestion es una calumnia.

—Basta! gritó uno de los padrinos, ya están de mas las explicaciones.

—Y yo, añadió el adversario de Luis, á fe de Juan Salcedo, declaro, que aun prescindiendo de nuestra disputa de anoche, tengo motivos muy poderosos para llevar adelante mi resolucion.

—Sea, dijo otro de los padrinos presentando las pistolas cargadas.

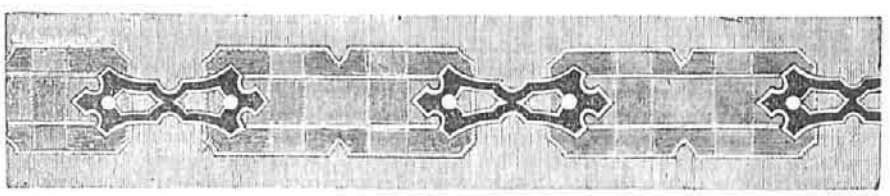
Luis y Salcedo se encontraron frente á frente. Era la primera vez que se veian. Mas aun, no se habian visto nunca, ni se veian tampoco esta vez.

Antes de llegar el momento supremo, el ángel bueno de Luis abrió las alas y se colocó entre los combatientes. Su plan era detener el brazo de Salcedo al disparar, evitando de este modo una desgracia. Los padrinos conversaban entre tanto, y la idea de un arreglo corria de uno en otro.

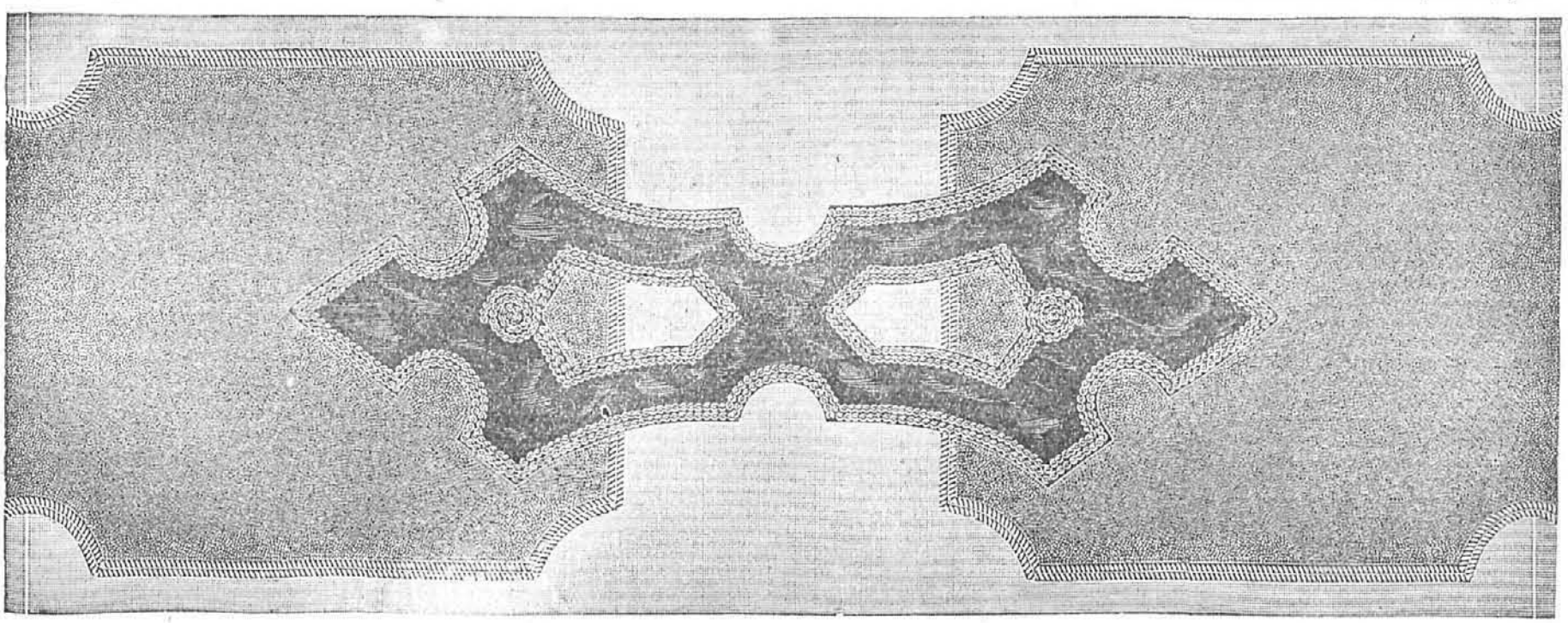
De repente, y sin que hubiera precedido ninguna señal, sonó un tiro, se oyó un grito; y se vieron caer al suelo una porcion de plumas como de perdiz. El tiro se le habia escapado á Luis. La víctima habia sido el ángel que recibió el balazo en un *alon, debiendo el no caer á su fuerza sobrenatural*. Este desengaño colmó, sin embargo, la medida de su sufrimiento, y alzando el vuelo abandonó su protegido, de quien no recibiera mas que desdenes.

En cuanto al desafío, no produjo otro resultado que el anterior. Salcedo, que amaba á Lola, y que por eso buscó un pretexto para provocarle, desistió de su empeño de batirse, apenas supo que Luis abandonaba la corte.

En efecto, Luis vive actualmente en una de nuestras principales provincias, donde se ha conquistado gran fama de escritor, y donde al referir á sus amigos la escena de su desafío, cuenta, enseñando unas plumas, que



N.º 3 DUPLICADO.—GUARNICION PARA GUARDAPIÉS.



N.º 3.—GUARNICION PARA GUARDAPIES. (Véase la explicacion en el número anterior).

© Biblioteca Nacional de España

para hacer ver su habilidad á su contrario, disparó el tiro á propósito sobre una águila que cruzaba los aires.

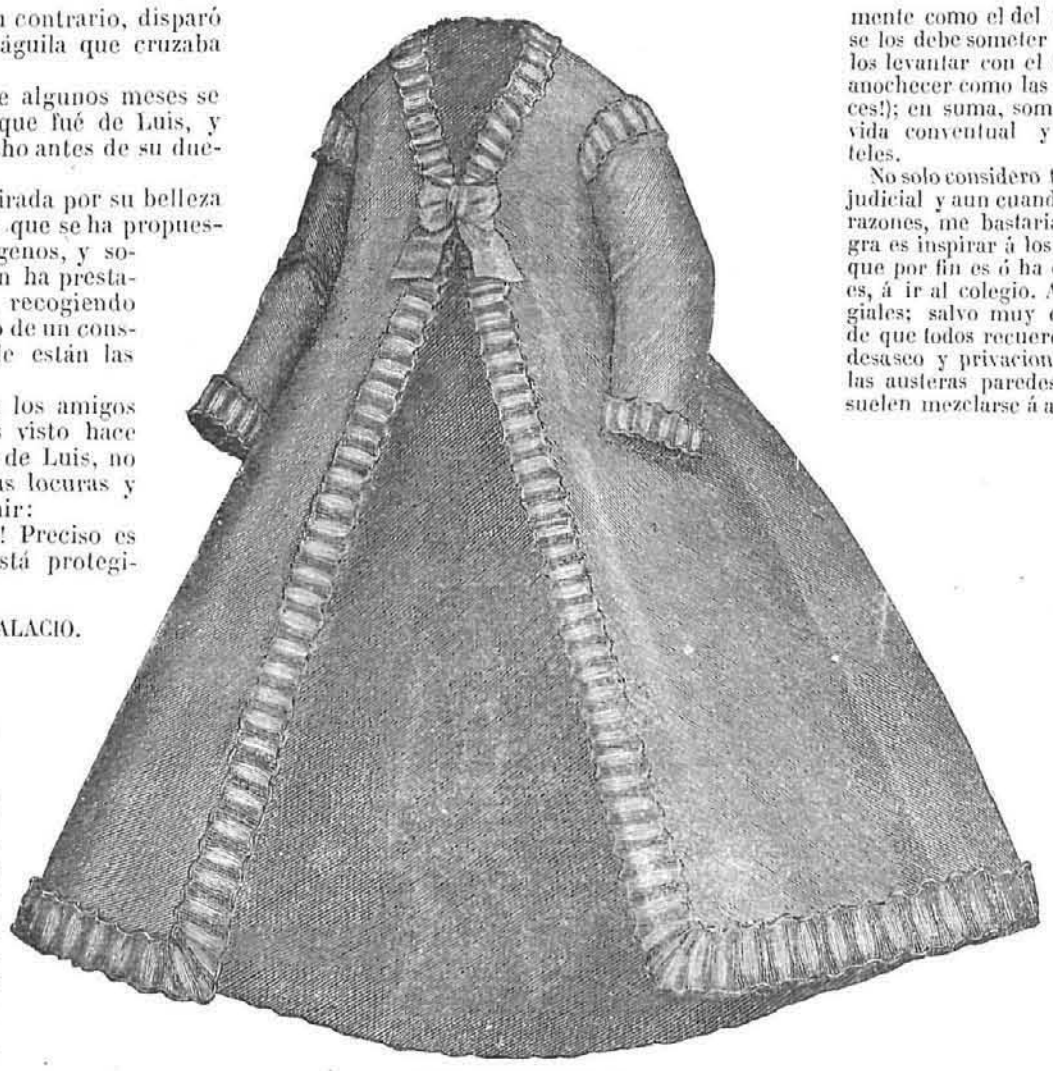
Salcedo es hoy militar y hace algunos meses se ha casado con Lola, la vecina que fué de Luis, y que segun dicen, le amaba mucho antes de su duelo con éste.

Lola es en todas partes admirada por su belleza y sus virtudes, gracias al ángel que se ha propuesto no mezclarse en negocios agenos, y sobre todo en los de Luis, á quien ha prestado hace poco el último favor, recogiendo el alma de su patrona, que murió de un constipado *leve*, y llevándola donde están las de los escogidos.

Cuando al repasar la lista de los amigos ausentes, á quienes no hemos visto hace años, se pronuncia el nombre de Luis, no falta quien diga, al referir sus locuras y pensar en su brillante porvenir:

—¡Qué cambio tan notable! Preciso es confesar que ese muchacho está protegido por un ángel bueno!

MANUEL DEL PALACIO.



ROPON MARIA-ANTONIETA.

LOS COLEGIOS.

Los colegios son una necesidad triste sin duda, pero necesidad al cabo, y supuesto que no es dado prescindir de ellos, lo esencial es organizarlos del mejor modo posible. Pocas son las familias bastante acomodadas para dar á sus hijos el beneficio de la educacion é instruccion domésticas completas: además nuestra legislacion en el ramo de instruccion pública, tan viciosa en mi sentir como procuraré demostrar en este artículo, exije todavía para el abono académico de una parte de la segunda enseñanza, que los niños la reciban ó en los institutos del gobierno ó en establecimientos particulares incorporados á ellos, pero *nunca* y bajo ningun pretexto en la casa paterna: de aquí para todo el que haya de seguir una carrera pública la necesidad de asistir á un instituto ó de entrar en un colegio, siquiera sea en calidad de externo. Lo primero suele tener graves inconvenientes; lo propio sucede con la asistencia en calidad de externo á un colegio.

Los muchachos se distraen mucho yendo y viniendo de su casa al aula y del aula á su casa, aun cuando los acompañase un criado, cosa que no está al alcance de todas las familias: si van solos, no hay para qué decir los peligros de toda clase á que los expone la irreflexion propia de su edad.

El colegio es pues el triste recurso (triste, no me cansaré de repetirlo) con que tienen que apechugar las familias; y de paso diré que no es esta una de las razones menos poderosas que yo veo para decidir por fin á la administracion á emancipar de toda traba académica la segunda enseñanza.

Las condiciones generales de un buen colegio de niños, que es en lo que principalmente voy á ocuparme, no son difíciles de señalar; pueden concretarse en una sola, á saber, que sean lo mas parecido posible á la casa paterna. Cuanto menos apartado se considere allí el niño de la vida de familia, mas complacido estará, con mas gusto tomará los estudios y menos se resentirá su salud: ya que no pueda encontrar en ellos el cariño y los cuidados de la casa, procúrese á lo menos que no los mire como una cárcel, que es lo que desgraciadamente sucede en la mayor parte de los casos.

Hay para esto razones de varias clases: la primera es que los colegios son casi siempre especulaciones mercantiles, en que se vá á ganar lo mas posible, á costa de la salud de los alumnos; la segunda es que reinan en punto á educacion de los muchachos una porcion de ideas erróneas, profundamente arraigadas en los entendimientos romos, y que se condensan en el antiguo adagio tan absurdo como contrario á la caridad de que *la letra con sangre entra*.

Ya, gracias, á Dios, no se toma esta fórmula en su sentido recto; ya no se lleva á sus últimas y odiosas consecuencias; ya, en fin, no hay azotes, ni palmetas, ni pezcozones, como yo los he conocido en mis tiempos, y los recordarán todos mis contemporáneos, pero todavía se abusa un poco del *rigor* que falsamente se cree necesario para dirijir bien á los niños. Todavía son axiomas corrientes entre los pedagogos rutineros, que los niños nunca tienen frio, que su estómago dijiere indistintamente como el del avestruz, los mas viles manjares, que se los debe someter á un régimen *severo* en todo, hacerlos levantar con el alba en toda estacion, acostarlos al anochecer como las gallinas (¡para ahorrar gasto de luces!); en suma, someterlos á todas las estrecheces de la vida conventual y á la dura disciplina de los cuarteles.

No solo considero todo esto innecesario, sino muy perjudicial y aun cuando no tuviese para ello otras muchas razones, me bastaria la de que lo único que así se logra es inspirar á los niños una profunda aversion á lo que por fin es ó ha de ser una necesidad para ellos, esto es, á ir al colegio. Apelo á todos los que han sido colegiales; salvo muy contadas excepciones, estoy seguro de que todos recuerdan con terror los años de hambre, desaseo y privaciones de toda clase que pasaron entre las austeras paredes del colegio, y si esto no obstante, suelen mezclarse á aquellos recuerdos sombríos algunas ideas risueñas, es porque la imaginacion es un mágico prisma que lo dora todo, y porque el período de la edad juvenil es tan hermoso de suyo, que por mas trabajos que necia é inútilmente se le echen encima, todos quisiéramos volver á él, tocando gustosos nuestra risa por sus lágrimas.

Dice además Ossian con profunda filosofía: *¡Dulce como el recuerdo de las pasadas tristezas!* Este es el caso de las impresiones, tal vez halagüeñas, que suele encontrar la fantasía cuando evoca los tiempos en que un impertinente *inspector* nos mandaba como á reclutas en el cologio.

No trato de dirijir en particular mis censuras, á tal ó cual establecimiento determinado.

Reconozco que algunos, particularmente en España, que es donde mas he tenido ocasion de estudiarlos, llenan bien las condiciones que mas pueden apetecer en ellos las familias, — moralidad é inteligencia en el director y en los profesores, local apropiado y abundancia de los medios materiales de enseñanza.

Parece á primera vista que nada mas deberia exijirse, y sin embargo yo creo que aun puede y debe hacerse mas: resta acercarse *algo mas todavía* al régimen interior de las familias, en lo que tiene de bueno para la salud y el adelantamiento de los alumnos, evitando los inconvenientes del excesivo regalo casero. Si yo me decidiese algun dia, de lo cual no estoy muy distante, á fundar un colegio como yo entiendo que deben ser, hé aquí lo que haria, ó procuraria hacer por lo menos.

Establecido en Paris hace algunos años, á Paris se aplica naturalmente el pensamiento que en breves palabras voy á desarrollar, y que, sea dicho de paso, se me ha ocurrido considerando el grandísimo número de familias españolas y americanas que por diferentes motivos envian aquí sus hijos á educarse.

Raro es el liceo, raro el colegio particular en que no se encuentran algunos niños españoles y americanos, y muchas veces me he preguntado á mí mismo: Cuando esos niños concluyan aquí sus estudios de segunda enseñanza, y en el caso muy probable de que tengan que ir á cursar la superior en su respectivo pais, ¿estarán aptos para emprenderla?

Prescindiendo de la dificultad de incorporar en las universidades ó escuelas á que se dirijan los estudios hechos en Francia, naturalmente con arreglo á los planes aquí vigentes, ocurre otra dificultad no menor, y es la de que aquí han olvidado ó punto menos la lengua pátria, no han aprendido en manera alguna nuestro lenguaje técnico en artes y ciencias, y por ello aun cuando conserven todavía algun recuerdo del castellano, por fuerza han de verse apuradísimos al pasar sus exámenes en la tierra donde nacieron.

Cien veces he visto en Madrid; muchachos que habian seguido brillantemente sus estudios de segunda enseñanza en Paris, hacian la mas deslucida figura ante nuestros examinadores por su mala pronunciacion y por los términos exóticos, de que se valian, provocando tal vez la hilaridad del concurso y de sus mismos jueces. Los pobres muchachos conocian el falso terreno en que estaban, y aumentando esto su confusion, los hacia parecer ignorantes sin serlo, y hasta tontos tambien, porque lo parecian, pues sabido es que todavía rige en el mundo el gran axioma de Quevedo de que lo son todos los que lo

ROPON MARIA-ANTONIETA, VISTO DE ESPALDAS.

© Biblioteca Nacional de España

parecen, sin contar la mitad de los que no lo parecen y lo son tambien.

Otra consideracion se me ocurria, y la creo importante para el porvenir de los jóvenes; los que se crian en estos colegios y no están destinados á vivir aquí, pierden el beneficio, utilísimo con frecuencia en el discurso de la vida, de las fraternales amistades formadas en la infancia, que para muchos llegan á ser con el tiempo un verdadero matrimonio. Por último, contraen necesariamente hábitos extranjerados y necesidades que regularmente no podrán satisfacer en su país, resultando de todo que vendrán á ser algun dia extranjeros en su pátria. Como por otra parte hay muchas familias, y la experiencia de todos los dias lo demuestra, que *no pueden* prescindir de educar aquí á sus hijos, no parece cuestion indiferente ver si habria medio de satisfacer su necesidad en ese punto sin los inconvenientes arriba dichos, y yo creo que el único seria fundar en Paris un buen colegio hispano-americano de primera y segunda enseñanza, preparatorio para todas las carreras: de aquí la idea de fundarlo que segun dije antes se me ha ocurrido alguna vez, y que no estoy distante de realizar. Dada esta natural explicacion, vuelvo á los medios prácticos de plantear mi idea que poco antes prometí indicar.

Lo primero sería encontrar en las inmediaciones de esta gran ciudad un local espacioso, aislado, en una exposicion saludable, con un buen jardin arbolado y un gran patio para los ejercicios gimnásticos. Digo en las inmediaciones de Paris y no en Paris mismo, porque el aire es allí mas puro, no hay el tumulto ni el bullicio de las grandes capitales, y se evita el peligro de atravesar calles populosas cuando los alumnos salen á paseo. Ya que el local no se construyese expresamente para el objeto, que seria lo preferible, deberian hacerse en él los necesarios reparos para cambiar el sistema generalmente admitido de dormitorios y clases comunes para la totalidad ó siquiera un número grande de los alumnos: ese sistema, en cuyo abono solo puede alegarse la economía que proporciona á los empresarios del colegio, me parece esencialmente vicioso.

Ningun dormitorio deberia contener arriba de seis camas; nada mas nocivo para la salud que la excesiva aglomeracion de distintas respiraciones en un mismo local, por vasto que sea. Quédese eso para los hospitales y los cuarteles, donde el Estado que los dispensa gratuitamente ó por su solo interés, atiende ante todo á la economía, pero no conviene á niños, acostumbrados al buen trato de sus casas y cuyos padres pagan para que se los trate bien.

Otras consideraciones demasiado obvias para que necesite insistir en ellas, aconsejan hasta por decencia que la comunidad de los dormitorios se reduzca lo mas posible, toda vez que el aislamiento total de cada alumno en un dormitorio particular tiene tambien sus inconvenientes, todavía mayores.

Lo propio digo y por razones análogas de las salas de estudio: los muchachos se distraen mucho en esas grandes reuniones que uno ó dos inspectores no pueden vigilar suficientemente, bastando la travesura de unos pocos muchachos para inutilizar la buena disposicion de muchos. Solo en el refectorio creo yo que podrian estar reunidos sin inconveniente lo mismo que en las horas de recreo, pues que de ellas vienen á formar parte las de comer, todos los muchachos de una misma clase ó seccion.

En dos grandes secciones se dividirian naturalmente los alumnos, siendo unos de primera y otros de segunda enseñanza: unos y otros deberian tener entre sí el menor roce posible, procurándose que habitasen en distintas partes del edificio, y que hasta para sus juegos tuviesen locales separados. Por lo demás, creo que el régimen general de vida deberia ser el mismo para todos, pues no pareciéndome necesario ni aun conveniente someterlos en ninguna edad á rigores extremados, el mismo número de horas de trabajo, las mismas horas de levantarse y acostarse deberian regir para los niños de siete á diez años próximamente que cursasen la primera enseñanza, y para los de diez á diez y siete ó diez ocho que siguiesen los cursos de la segunda.

Levantarse á la seis en verano, á las siete en primavera y otoño y á las ocho en invierno, me parece muy suficiente y yo no les impodria mayores madrugones, limitándome á exijir una puntualidad militar en esas como en todas las horas señaladas para todos los ejercicios y anunciadas á toque de campanas. Siempre me ha parecido una crueldad inútil y que seria ridícula si no fuera una crueldad, obligar á unos pobres niños á dejar el calor de la cama á las cinco de la mañana el mes de enero, y en este duro clima de París ó en el de Madrid que tampoco es blando, hacerlos lavarse con agua fria

EQUIPOS PARA BAÑOS DE MAR.

El núm. 1 se compone de un pantalon ancho de tela de lana azul, sujeto al rededor de la camisa; el vestido principal es una especie de levita con pelerina de tela de lana á listas azules y negras; un galon de lana negra cubre todas las costuras. El sombrero redondo es igualmente de tela de lana azul.

El núm. 2 es de merino blanco grueso. Pantalon y chaqueta guarnecidos con galon de lana negra; anclas bordadas de lana negra en todas las esquinas. Sombrero redondo de cachemira blanca.

Núm. 3. Pantalon y enagua de tela de lana negra, con tiras y cinturon encarnados; camisa-corpiño encarnado; redecilla encarnada de lana, forrada de hule negro.

Núm. 4. Pantalon, enagua y chaqueta de tela de lana azul, con adornos de galon de lana negra; mangas cortas; gorro-redecilla de cachemira azul, con lazo de cachemira negra.

© Biblioteca Nacional de España

cuando no helada, la cara y las manos llenas de sabañones, ó mas bien no lavarse ni manos ni cara, pues no es posible en condiciones tan inhumanamente disparatadas: así se acostumbran á ser desaseados, y no es raro que el frio los entontezca además: solo una necia rutina puede conservar ese verdadero abuso de los madrugones, excesivos, sobre todo en una estacion y en unos climas en que no acaba de amanecer ó á lo menos, en que no se vé claro para trabajar hasta las siete ó las ocho de la mañana.

Apenas levantados, yo les haria dedicar media hora al aseo de su persona, no al aseo superficial y aparente que se acostumbra en los colegios, sino al que se practica en las casas bien ordenadas y aconseja la higiene, y que la costumbre acaba por convertir en una imperiosa necesidad. Por eso juzgo muy fácil llenar esa condicion vital de todo buen programa de educacion; no creo que se necesitaria mucha vigilancia para que los muchachos no faltasen en ese punto; podria necesitarse solo á los principios con los que viniesn mal acostumbrados de sus casas, pero ya una vez *hechos* á un aseo suficiente, no hay que temer que los descuidasen, pues como he dicho, seria para ellos una verdadera necesidad. Cumplido con lo que se debe á la limpieza del cuerpo atenderian á la del alma, pasando á oir su misa diaria, en la capilla que habria en el colegio, y oida la misa, un desayuno adecuado á la costumbre y al gusto del alumno les daria fuerza para emprender las tareas del dia.

Cuatro horas despues, horas alternativamente ocupadas por las clases y el estudio, se les serviria una abundante y sana comida, que deberia ser la antítesis de las que se usan en los colegios de Paris, cuya roñoseria proverbial, cuyas flatulentas habichuelas y cuyos incomibles postres son el tema inagotable de los sarcasmos y de las maldiciones de todo colegial francés, y mas aun de todo infeliz muchacho español condenado á pasar á ese régimen cenobítico desde las dulzuras caseras de exquisito chocolate y nuestro suculento puchero.

Dos platos de buena carne, despues de una sustanciosa sopa, dos verduras y un postre segun la estacion, son lo menos que puede y debe hacerse á muchachos acostumbrados á la copiosa alimentacion de nuestras familias acomodadas. No una hora, segun la costumbre general, sino dos, creo yo, que deberian dárseles de descanso despues de comer, pues una es poco para la dijestion; pero esas dos horas no serian enteramente perdidas para el adelanto de los muchachos. La primera seria puramente de recreo, la segunda deberia emplearse ya en ejercicios gimnáticos, ya en la equitacion y en la esgrima, ya en repasar el piano ú otro instrumento, ó en el baile los que á estos adornos se dedicasen, ya por fin en salir á paseo cuando el tiempo lo permitiese, pues estoy muy mal con eso de tener para el paseo dias fijos, prescindiendo de si hace ó no buen tiempo para salir: el resultado con esto es que muchas veces los muchachos se quedan sin ese saludable y grato ejercicio. Luego se volveria al estudio y las clases durante otras dos horas; la merienda y un rato de recreo llenaria la hora siguiente, á que seguirian dos horas de estudio, el rosario y la cena, viniendo á acostarse á las diez de la noche.

Hasta aqui no he tratado mas de lo que llamaré la vida animal, menos indiferente de lo que quisieran algunos censores adustos, pues si bien es cierto que no solo de pan vive el hombre, tambien lo es que el cuerpo necesita estar bien mantenido para que el espiritu no claudique, sobre todos durante la niñez y la primera juventud.

Las austeridades no convienen mas que á la edad viril, y solo de ellas las exije nuestra amorosa madre la Iglesia.

Voy ahora á decir algo del régimen de los estudios que yo estableceria en el colegio imaginario de que voy tratando. De los de la primera enseñanza nada hay que decir; solo que yo pondria especialísimo cuidado en una cosa que por lo comun se descuida lastimosamente, y es en que los niños aprendiesen á leer bien. Esto parecerá una paradoja, si no un despropósito, pero la experiencia de todos los dias me demuestra cada vez mas que son rarísimas las personas capaces de leer con sentido y enterándose bien de lo que leen, no ya un libro de poesías ó una comedia ú otro escrito que requiera cierta entonacion, sino un libro cualquiera, y si se me apura, una simple carta. No basta leer uno para sí, es preciso que los niños sepan leer en alta voz, penetrándose bien de lo que leen, para que el que los oye se penetre de ello igualmente. Tanto para la lectura, como para el latin, la historia, la geografía y algunos otros estudios de la segunda enseñanza, el colegio deberia tener buenos españoles ó americanos, con el objeto de que los niños recibiesen en su lengua nativa las primeras y mas esenciales nociones del saber; en el latin sobre todo deberia evitarse que adquiriesen la viciosa y á veces ridícula pronunciacion francesa á que nuestros oidos meridionales nunca se podrán habituar, y que destruyen para nosotros toda la armonía y todo el encanto de la hermosa lengua de Virgilio.

No apuraria mucho el temor de que los niños no aprendiesen el francés; mas de temer seria que olvidasen el castellano. El francés lo aprenderian naturalmente y sin esfuerzo en el trato continuo de los inspectores y otros dependientes del colegio y en el de algunos profesores de ciertas materias que sin inconveniente podrian elegirse entre los del país, tales como los de escritura, dibujo lineal y de adorno, gimnasia, música, y aun de algunos elementos de las ciencias que se exijen en la segunda enseñanza, como la historia natural, la física y la química. Por regla general todo lo referente á la seccion de letras, en que se forma el gusto y puede servir de complemento al estudio de la lengua pátria, deberia correr á cargo exclusivo de profesores españoles; lo relativo á la seccion de ciencias y á las artes de adorno, no veo inconveniente en que se confiase á profesores franceses, siempre que no se pudiese pasar por otro punto.

Los estudios se harian en el tiempo, modo y forma que exije nuestra *ley* vijente, para que sin dificultad pudieran incorporarse en España adquiriendo así validez académica en cualquier período en que los padres tuviesen que hacérselos interrumpir en Francia; de la propia manera serian válidos en cualesquiera establecimientos franceses ó de otros paises en que los jóvenes hubiesen de seguir cualquier carrera literaria ó industrial, pues para todas seria *preparatorio* un colegio establecido sobre el plan que aquí no hago mas que bosquejar, pero que bien se comprende que podria preparar para todas estando como he dicho ajustado á las prescripciones de nuestra *ley* de 1857.

No conozco las legislaciones que rigen este ramo en los diferentes Estados de América; pero para el caso es igual: en todos los paises se necesitan próximamente los mismos estudios preparatorios para el ejercicio de las mismas profesiones, y si en alguno por circunstancias particulares se exijiese algun estudio mas, todo se reduciria para el alumno hacer ese estudio supletorio, ya en el colegio mismo, ya luego que saliese de él, ó mas tarde en su mismo país.

He dejado para lo último, aunque es sin duda lo mas importante, el punto esencialísimo de la instruccion religiosa.

Siendo nuestra religion católica la única practicada en España como en todos los paises de orígen español, salva alguna excepcion rarísima, uno de los grandes inconvenientes que encuentran nuestras familias y las americanas para poner á sus hijos en colegios franceses, siempre que no sean los de algun instituto religioso, es que en ellos la libertad de cultos vijente en el país los expone á un roce inevitable con profesores y compañeros de otras comuniones; esto es un gran motivo de angustia para muchas conciencias.

En el colegio hispano-americano de que se trata, ese grave inconveniente no existiria; en él no habria mas que niños criados en la comunion católica, y un sabio y virtuoso sacerdote español seria su director espiritual y les haria cumplir diariamente sus deberes religiosos. Otra importante garantía de moralidad y órden encontrarian las familias en el *consejo de administracion*, compuesto de personas de alta posicion y reconocida probidad que deberia estar al frente del colegio, inspeccionar su régimen interior, enterarse de los adelantos de los niños, y en suma atender á los intereses de estos como una especie de tutor. Para las familias americanas seria sobre todo preciosa esa gárantía; y á fin de hacerla mas eficaz, entiendo yo que deberian ser individuos natos de ese consejo, por interés de sus nacionales y por patriotismo, todos los señores ministros de los Estados americanos residentes en Paris.

He dicho al principio que iba á hablar principalmente de los colegios de niños. Al llegar ahora á los de niñas, me encuentro con que solo hay una cosa que decir de ellos, y es que lo mejor seria que no hubiese ninguno. Estos son una *necesidad* como los otros, salvo en el caso único de las niñas que se dedican á maestras, y aun esas mismas pueden muy bien completar sus estudios con dos años de asistencia á una escuela normal, sin necesidad de hacer vida de colegialas.

Las niñas no deben apartarse nunca del ala materna; si alguna vez por circunstancias muy especiales, de las cuales es por desgracia la mas comun y la mas triste la de haberse quedado sin madre, tienen que pasar por la prueba de dejar, antes de casarse, la casa en que nacieron, los conventos abiertos á la enseñanza son, creo yo, su mejor refugio, por la razon sobre todas de que para la mujer en general la educacion moral y religiosa es infinitamente mas esencial que la instruccion propiamente dicha. Importa mas que sean buenas que no que sean sabias.

EUGENIO DE OCHOA.

EN EL CAMPO EN QUE TÚ VIVES.

Llega el aire á tu ventana
Y entre besos que amontona
Con sonrisa juguetona,
Deja en tu labio el frescor.
Yo tambien como él llegara
Entre mil juguetes ciego,
Y en tu labio, el vivo fuego
Te dejára de mi amor.

Rompiendo rosados tules
La aurora bella y ufana,
De su claridad temprana
Te envia la luz tambien.
Yo en el oscuro letargo
De mi pena tan sombría,
Luz le presto al alma mia
Con tus recuerdos, mi bien.

Cruzan pájaros el aire
Cantando su amor sentido,
Y van á halagar tu oido
Cuando tú soñando estás.
Yo que en mis dolientes ayes,
Oigo el canto de tristura,
Tengo que ahogar mi amargura
Si á tí no llegan jamás.

La inmensa y alta techumbre
Te espera al saltar del lecho,
Y dá alegria á tu pecho
Con su terso y limpio azul.
Yo en su espacio te ofreciera
Un trono con mil primores,
Rico tocador de flores
Sobre una nube de tul.

Del almenado castillo
Que frente á tu casa vela,
Tal vez te dá un centinela
Pesares con su cancion.
Yo que gimo prisionero
En redes de amor prendido,
No puedo hacer que un gemido
Resuene en tu corazon.

Para recrear tu vista
Al despertar de tu sueño,
Un vergel fresco y risueño
Se mece bajo tus piés.
Yo cruzo por su espesura
Pisando la blanda alfombra
Como una lejana sombra
Que huye del cuerpo que es.

Tendido, cambiante espejo
Te dá el mar en tus cantares
Con las aguas de otros mares
Que van la playa á besar.
Yo desde el lejano muro
Con loca ansiedad te espío,
Y... ¡ay de mi! que tu hagio
Vuela entre aromas al mar.

Del sol la esplendente hoguera
En su inmensa pesadumbre,
Vierte en tu vivienda lumbre,
Y en tu lumbre se arde el sol.
Yo en las sombras de mi pena
Y herido con los reflejos
No alcanzo á ver ni aun de lejos
Tu virginal arrebol.

Buque velero que apenas
Se pinta allá en lontananza,
En tí excita una esperanza,
Tu vista sigue con él.
Yo en mi noche de tristura
Ciego yo en su mar bravia,
Perdido el rumbo y sin guia
Va á estrellarse mi bajel.

Llévate el aire caricias,
Te dá sus tintas la aurora,
Y aves te cantan, señora,
Y el cielo te envia placer.
Yo me abraso en puro fuego,
Yo con tus recuerdos vivo;
Yo entre ayes soy cautivo,
Yo un trono te doy, mujer.

Te dá el barquero su trova,
Y el vergel te dá frescura,
Retrata el mar tu hermosura
Y oro el sol dá á tu beldad.
Yo solo soy prisionero,
Yo por tí soy sombra errante,
Yo te espío fiel amante,
Yo vivo en la oscuridad.

Y tendida paviota
Que moja en el mar sus alas,
Entra el buque haciendo galas
En el puerto que anheló.
Y tú no estás. ¿Do te has ido?
Y el sol traspuso los mares
Y huye el dia y sus cantares
Y ya la noche llegó.

Precursor de tu ventura
En tí se fija un lucero,
Y en su hermosura altanero,
Te dice: «Me miro en tí.»
Yo robara en su pupila
El poder que Dios le hizo,
Porque la luz de su hechizo
Te hiciera mirarte en mí.

Hebras de bruñida plata
Vierte la luna á raudales,
Quebrándose en tus cristales
Por merecer tu favor.
Y alzas tus hermosos ojos,
Y acaso tu pensamiento
Enlaza en aquel momento
Otro ser que está en tu amor.

Y las nubes se amontonan,
Las estrellas desparecen,
Y mas las sombras se acrecen
Y tu vista fija está.
Y fija está tu memoria
Soñando amor y ventura,
Mas despiertas con pavura
Y solo sombras hay ya.

Solo el faro de una torre

© Biblioteca Nacional de España

Que del puerto es claro guia,
Te saca de tu apatía,
Te dice: «la noche es.»
Y una rama que marchita
Tal vez en tu mano hiciste,
A tu despertar... ¡ay triste!
Llorando cayó á tus piés.

¡Bello es el campo en que vives
Si te pinta amor risueño
Cuando ya te vence el sueño:
¡Qué hermosa es la juventud!
¡Duerme, sí, duerme tranquila
Mientra el pesar me sujeta.
Mientras te canta el poeta
Los sueños en su laud!

José SANCHEZ y ALBARRAN.

EL CORREDOR DE PLAYA.

I.

La ribera flamenca está orillada en toda su extension de ribazos desiguales formados por la arena amontonada; estas dunas ó montañas de arena son escasas y poco elevadas desde la embocadura del Escalda hasta pasado Blankenberghe y Ostende; pero hácia el Sur van gradualmente creciendo hasta formar entre Nieuport y Dunkerque un desierto árido de muchas leguas de extension y una media legua de anchura.

Tiene algo de imponente el cuadro que se ofrece á las miradas del observador si en aquel punto asciende á una de aquellas eminencias y deja vagar su vista por el paisaje que le cerca. Infinitas montañas de arena, de formas y tamaños diversos, elevan sus cimas en toda la extension que la vista puede abarcar, estando unas cubiertas por yerba verde ó musgo sombrío, y otras húmedas, resplandeciendo al reflejo del sol; muchas de ellas aparecen minadas por su base, amenazando destruccion; y otras por fin se enlazan como una cordillera, siguiendo todas las desigualdades del suelo, hasta desaparecer en algun profundo valle.

A primera vista el observador no apercibe mas que una confusion que no se explica mas que por un capricho salvaje de la naturaleza, ó un temblor de tierra; pero en breve, dejando obrar la ilusion de su vista, cree ver en aquellas desiguales cimas las olas de un mar impetuoso, que la voluntad divina ha dejado de repente inmóvil.

El rugido del mar en lontananza, el silencio solemne que reina en aquel desierto, la carencia absoluta de todo árbol ó planta, la soledad de aquellos lugares, todo se reune para herir la mente del espectador y sumirle en reflexiones melancólicas.

Si de una eminencia pasa á otra para cambiar su horizonte, quizá descubra en lontananza un rastro de verdura, y junto á él una mancha rojiza: el humo que de su centro se eleve, siguiendo como una veleta la direccion que el viento le imprime, le hará adivinar que aquella mancha rojiza es el tejado de una cabaña.

En efecto aquellas montañas ocultan entre sus senos casas solitarias ó chozas que sirven de abrigo á familias desdichadas que encuentran una existencia penosa en el ejercicio de la pesca.

Si las dunas de arena son áridas, en cambio á la parte opuesta, en los valles defendidos por ellas del viento del mar, la naturaleza se esfuerza en dar algun vigor á la vejetacion y á la tierra alguna fertilidad aunque tardía. Aquí crece el sauce enano con sus ramas macilentas, allá el ranúnculo silvestre, mas lejos el trébol meliloto, pero tan endebles y raquíticos, que cuesta gran trabajo reconocerlos.

En estos espacios llanos, entre las dunas á que dan el nombre de *panne* ó *paire*, es donde el pescador construye su casa, y al lado de ella labra la tierra y trata á fuerza de trabajo de hacerle producir algunas legumbres de que hace acopio para el invierno, mostrándose orgulloso de esta humilde propiedad que realza con el pomposo título de «mis tierras.»

En el sitio donde las montañas de la ribera son mayores, entre Adinkerke y el mar, se elevaban hácia el fin del siglo último cinco ó seis chozas de pescadores no lejos de la frontera francesa, y como otros tantos nidos escondidos entre las desigualdades del terreno.

Una de estas casas era de mayores proporciones que las otras, y á primera vista parecia constar de dos habitaciones porque tenia dos puertas de entrada; pero una vaca y un pollino que andaban sueltos al rededor de la casa, demostraban el empleo de la segunda habitacion.

En una mañana de primavera del año 1794, cuando el sol comenzaba apenas á dorar las cumbres de las montañas, un hombre estaba sentado ante una mesita en dicha humilde casa, ocupado en tejer una red de grandes mallas.

Este hombre trabajaba sin mirar, y aunque sus movimientos parecian desembarazados, al ir á buscar el ovillo de cáñamo sobre la mesa, su mano era incierta como la de un ciego. Era de elevada estatura, de aspecto varonil, aunque su talle encorvado y los bucles plateados que descansaban en sus hombros indicaban la ofensa de los años. Conocíase que habia arrastrado una vida activa sobre el mar á sus orillas, porque los músculos de su rostro estaban secos, endurecidos y tostados.

Vestia una camisa floja de franela encarnada, un pantalon azul muy ancho que descendia poco mas de la rodilla, medias negras de lana, y á la cabeza un gorro de lana negra tambien, guarnecido de una tira de astracan imitado.

El silencio mas profundo reinaba en torno del anciano: apenas se dejaba oir el *tic tac* monótono de la péndola, y el ronquido del gato que dormia junto al hogar en que no se veia señal de fuego.

Aquella casa tenia un aspecto muy pobre: el piso no era mas que de tierra endurecida, y el techo era tan bajo, que cuando el anciano se incorporaba, su cabeza tocaba casi con las vigas del techo. No obstante, en aquel humilde albergue resplandecia la limpieza, y el esmero con que estaban ordenados los muebles, revelaba la presencia de una mujer hacendosa.

Llamaba en primer lugar la atencion una cómoda sobre la que se veian diferentes tazas y platillos blancos, cafeteras y platos de mayor tamaño, pintados de colores y representando todos ellos marineros y asuntos de pesca. Estos platos se apoyaban contra la pared, y parecian todos aquellos objetos dispuestos para el mejor adorno de la estancia.

En todas las cabañas se veian objetos análogos. Aquella loza la obtenian á cambio de redes ya usadas, ó la recibian como regalo de alguno de sus deudos que iba á Dunkerque, donde abundaba aquella vajilla importada de Inglaterra.

Las paredes, blancas como la nieve, aparecian en su mayor parte cubiertas de santos é imágenes representados en estampas, groseras quizás, pero cuyo contraste de colores formaba el lujo de aquellas humildes gentes. En uno de los ángulos habia una alcoba cuya puerta desaparecia bajo unas cortinas blancas como la nieve, y que debia ser dormitorio del anciano, porque estaba ya vacía á aquella hora temprana.

Un crucifijo de madera tosca con su pililla de agua bendita estaba fijo sobre la cabecera, y al lado de la cama, sobre una mesita, se veian dos libros: el uno pequeño y con adornos dorados en su cubierta, parecia un devocionario; el otro grande, deteriorado, que sin duda habia servido una y otra noche á entretener las vigilias del invierno. Uno y otro demostraban que allí existia un ser que sabia leer, cosa rara en aquella época en una familia de pescadores.

El reló, otro crucifijo de yeso, una alacena triangular en un rincon, un espejo pequeño colgado en la pared, cuatro ó cinco sillas groseras, un banco pequeño y una rueca colocada cerca del hogar: tales eran los demás objetos de utilidad ó adorno que se veian en la pobre pero risueña casa del pescador.

Hacia un instante que un pensamiento importante debia preocupar al anciano ciego, porque la aguja y el mallero permanecian inmóviles en su mano. Al cabo de unos momentos salió de su meditacion continuando su ejercicio, aunque con una lentitud que denotaba una preocupacion agradable.

En breve una expresion de alegría iluminó sus facciones, y prestó oido hácia un lado de la estancia en que se veia otra puerta á la que daban subida dos escalones de madera: esta expresion animó el rostro del anciano todo el tiempo que estuvo oyendo pasos en la estancia vecina; cuando el rumor de ellos cesó por completo, murmuró con ternura:

—Ruega á Dios por mí, siempre por mí. ¡Oh! Dios envie su santa gracia sobre el ángel que ha dejado como único consuelo á este pobre ciego.

Y cruzando las manos, inclinó la cabeza sobre el pecho.

La puerta que daba á la pieza contigua se abrió lentamente, y una jóven apareció en su dintel. La expresion que velaba su fisonomía era triste: pero así que su mirada cayó sobre el anciano, sus ojos se animaron y le contempló un instante con risueño aspecto.

Tenia la jóven estatura regular y constitucion robusta: en su brazo musculoso, en el desarrollo de todo su físico, revelaba ser una de las mas activas hijas de aquellas montañas, acostumbrada á luchar con rudos trabajos y contra la inclemencia del tiempo. Y no obstante, era de una hermosura notable: no tenia esa belleza delicada tal como la comprende la civilizacion actual, sino tal como sin duda el Criador se la dió á la compañera del primer hombre, cuya vida en la tierra debia ser una eterna lucha.

Aunque aquella jóven parecia animada de una fuerza varonil, habia en su fisonomía algo de dulce y seductor. Sus megillas tenian ese carmin propio de la primera juventud, sus ojos negros tenian destellos inefables, su boca estaba guarnecida de treinta y dos perlas cuya extremidad era de trasparente nácar, y sobre todo su rostro se animaba con una expresion de candor que realzaba aun mas su traje característico.

Vestia un justillo de franela grana, falda negra, pañuelo blanco al cuello y otro azul en forma de gorro á la cabeza, del cual se escapaban los abundantes rizos de su negra cabellera.

Detúvose un instante en el dintel de su puerta, despues descendió los dos escalones, se aproximó silenciosamente al anciano, inclinó su cabeza y dijo con acento solemne:

—Vuestra bendicion, padre (1).

—Que Dios te bendiga, hija mia.

Y pasando despues el brazo al rededor de su cintura, el anciano atrajo á la jóven sobre sus rodillas abrazándola tiernamente.

(1) Aun hoy es costumbre entre los pescadores de Adinkerke, que los hijos é hijas mientras habitan el hogar paterno, pidan la bendicion de sus padres, sobre todo al recojerse por la noche ó al ir al mar.

—¡Ah! Bella (diminutivo de Isabela ó Isabel), dijo el anciano con dulzura: anoche te dormiste muy tarde, leiste mucho, y aun despues de acostarme yo continuaste leyendo. No canses demasiado tu vista. La luz de los ojos es la segunda inteligencia, no la malgastes, hija mia, ó me harás sentir que tu tio Luis te enseñase á leer, aunque sea un gran placer para mí el escucharte.

—¡Pobre tio Luis! murmuró la jóven. Esta noche he soñado con él. ¿Cuánto tiempo hace que no tenemos noticias suyas?

—Doce años.

—¡Ah! Quizás ha perecido en Islandia.

—No me entristezcas, Bella; aun no debemos desconfiar de Dios que siempre nos ha protegido. Cuando Bordinck volvió de Islandia, ¿no trajo la noticia de que tu tio se habia salvado del naufragio y habia llegado á América? Verás como el dia menos pensado entra por la puerta; en cuánto á no dar noticia suya, no hay que extrañarlo, él es bueno pero de cabeza lijera, y aturdido como un verdadero marino.

—Aun me parece verme sobre sus rodillas, murmuró tristemente la jóven, y me parece escuchar su ronca voz remedando el pisar de un caballo; ¡si hubiera muerto, si no le volviéramos á ver!

—Bien se conoce que has dormido mal, y te levantas preocupada con tus ensueños.

—He llorado esta noche, padre.

—¡Llorar! ¿Porqué?

—La historia del paciente Job que me tocó leer anoche me ha hecho pensar en la vuestra, y vuestros sufrimientos me han arrancado lágrimas.

—¿Por eso has llorado? repuso el anciano con emocion. Cierto es que el Señor ha querido poner á prueba mi sufrimiento: se ha llevado á mi mujer, á mis hijas, hasta la luz de mis ojos; pero me ha dejado un tesoro que basta á dulcificar mi vida.

Una carcajada interrumpió al anciano, y una voz ronca repuso con tono zumbon:

—Hola, el sol calienta solo en esta casa.

El hombre que así hablaba desde el dintel de la puerta, llevaba una cesta grande á la espalda, sujeta con correas, y al hombro una verdadera carga de cuerdas y redes: era un pescador.

Era este un hombre rudo, de formas pronunciadas, de miembros endurecidos: pero su fisonomía no tenia nada de dura ni repugnante. Sus facciones, aunque envastecidas por lo tostado de su cútis, eran regulares, su mirada era franca, y una sonrisa perpétua parecia estereotipada sobre sus labios. Su rostro en fin, revelaba franqueza y generosidad, antes que el trabajo y los años hubieran arrugado su frente, debia haber sido un hermoso mancebo.

El pescador colocó su carga en el suelo y dijo mirando al hogar:

—La tia Clara se acostó algo mala anoche: no he querido despertarla, y venia á pediros una taza de café; pero veo que la chimenea humea aquí como en mi casa.

—Siempre hablais en broma, primo, repuso Bella. Aunque todavia no he encendido fuego; vedle preparado, la cafetera arrimada. No hay mas que prenderle, y el agua hervirá al punto.

—Siendo así aguardaré el café. No tengo prisa.

—Y acercándose al anciano y estrechando su mano, añadió:

—Buenos dias, padre Stock. Vamos á ver si hay rodaballo que traer.

—Los ingleses están aun á vista de la costa. ¿Vais á arriesgaros á salir de pesca, José?

—¡Bah! No hay peligro.

—¿Y los corsarios de Dunkerque? desde que la república francesa está en guerra con Inglaterra y Austria, el que se ausenta en una barca es cojido como pirata.

—¿Y nos hemos de estar quietos siempre en la playa como pescado muerto? El sol habia secado mi bote de tal modo que cojian mis dedos por entre sus tablas. Ahora están de nuevo unidas, y mis compañeros le botaron ayer de nuevo. ¡Dios del cielo, con qué alegria le vimos balancearse sobre las olas! nos pusimos á saltar, á cantar que casi se nos oia en Nieuport, y bebimos algo. ¿No es todo esto de buen agüero, padre Stock?

—Yo no estoy tranquilo, José; los navíos ingleses cruzan sin cesar á vista de la playa, y si os ocurriese el menor accidente, la tia Clara moriria.

La jóven, entre tanto habia estado preparándolo todo para el desayuno, y al terminar esta palabra el anciano, ella servia ya el café, José seguia todos sus movimientos con interés singular, y en sus ojos y en todo su rostro se veia una expresion de amor y respeto.

Bella le sorprendió en esta fijeza y murmuró con turbacion:

—¿Me he tiznado quizá la cara?

—¡Oh! no, vuestra cara está fresca y sonrosada como las rosas que florecen en el jardin del señor cura.

—Pues entonces, José, ¿porqué me mirais de un modo tan singular?

Aquel se turbó: sus megillas se sonrosaron, y golpeándose la frente con la mano, añadió:

—Ciertamente, prima mia; no me hagais caso. Si esto continúa así, acabaré por volverme simple: hace algun tiempo que mis pensamientos andan como barco sin timon; pero esto no es nada, Bella. Pensaba en mi difunta mujer, que tenia unos ojos tan negros, tan animados... ¡si yo no fuera viejo y feo. Pero he adelantado veinte y cinco años mi venida al mundo: esta es la mayor de las fonterías que he hecho.

—Viejo decis, José? observó el anciano. Pues si estais en la mejor edad.

—Sí, murmuró el pescador supirando. Cuarenta y ocho

© Biblioteca Nacional de España

años, padre Stock, y treinta y dos de mar. El corazon, no lo dudeis, es mas jóven que el cofre viejo en que está guardado.

Y se levantó, se acercó á la pared la cual pendia un espejo, y se contempló durante algunos instantes: despues sacudió la cabeza, amenazó su imágen con el puño, murmuró algunas frases ininteligibles y se volvió bruscamente.

—¡A la mesa: ya está el café! exclamó Bella.

Dirijióse á su padre, le condujo á la mesa; se sentó á su lado y guió sus manos hácia la taza y el pan colocado junto á él.

Siguió á esto un debate cariñoso entre el ciego y su hija, porque á pesar de las recomendaciones de aquel, esta habia azucarado demasiado su café y cargado mucho su pan de manteca. La jóven prometió por la centésima vez obedecer las órdenes del anciano, aunque conocia eran contrarias á sus gustos; y como si esta promesa no le hubiese dejado satisfecho, la jóven le abrazó tiernamente, lo que puso fin á la querella, tomando la palabra José para ocultar su emocion.

—Padre Stock, dijo, ¿no habeis oido esta noche algunos tiros? ¿No? ¿Ni vos tampoco, Bella? Entonces lo habré soñado. He dado en soñar tanto ahora.

—Quizá los guardas franceses que vienen á cazar por estas montañas, dijo el anciano.

—Y que hay malas nuevas por allá abajo, repuso el pescador señalando al Sur. He hablado esta mañana á Ko (1) el vagabundo, el corredor quise decir.

—¿Y es él quien os ha anunciado esas malas nuevas?

—¡Quién habia de ser! El cuervo nunca anuncia nada bueno.

(*Se continuará.*)

LITERATURA.

CONQUISTA DE CÓRDOBA POR EL REY SAN FERNANDO. RASGO ÉPICO, POR DON IGNACIO M. DE ARGOTE, MARQUÉS DE CABRIÑANA.

El poema épico es, como nadie ignora, el último esfuerzo de la poesía. Véase porqué son tan pocos los que existen, relativamente hablando, y entre esos pocos son tan raros los buenos.

Pero hay mas todavía: no faltan quienes crean que el poema épico es ya imposible en el mundo literario actual, fundándose en que las composiciones de semejante género deben comprender en sí todo lo que se sabe en la época en que se escriben; y siendo hoy tan vasto el campo de los conocimientos humanos, claro es que no es dado á un solo hombre el poseerlos todos, ni pudieran aquellos tener cabida en el limitado espacio de un poema.

Nosotros principiarémos por confesar que no nos convencen semejantes razones, porque el poeta, en ningun género que sea, está obligado á mostrarse enciclopédico, ni tal pide el objeto de la obra, el cual no es otro que «la relacion de alguna empresa esclarecida, hecha en forma poética.» Así la define Blair, y nada hallamos que oponer á su definicion. Pues bien ¿qué hay en esto que autorice el modo de ver de aquellos preceptistas respecto á la imposibilidad del género épico en nuestros dias?

Nosotros nos explicamos de otro modo el fenómeno. Ante todo hay que tener en cuenta la inmensa dificultad de acertar, lo cual ya basta para retraer á los mas animosos. No la hallamos menor en la corriente que hoy sigue el gusto del público; porque ¿quién emplea ya su vida entera en escribir un poema, que, aun siendo bueno, ha de ser leido por pocos, cuando nuestra época, ávida de impresiones fugitivas, gusta de leer hoy lo que espera olvidar mañana? Dénle novelas al vapor, y si se quiere extender mas su lectura, dénselas en folletines de periódicos: esto es lo que puede hacer rico á un autor, pero no los poemas épicos.

Sin embargo, el género tiene que existir, porque está en la naturaleza misma. Los grandes hechos históricos son el fundamento de la gloria de las naciones, y no es posible ni que los pueblos los miren con desden ni que sus poetas renuncien á cantarlos: por tanto, entre aquel justo temor y este legítimo deseo hay un medio que todo lo puede conciliar. Este medio es el de las breves composiciones épicas en que el autor se propone solamente presentar un acaecimiento célebre, despojándolo de los mil accidentes secundarios y episódicos que pudieran alargar su obra, y que constituyen una no pequeña parte de los poemas conocidos. Siempre pues que los límites de la accion permitan se la encierre en un cuadro de dimensiones poco extensas, tendremos una obra, que sin apartarse del verdadero carácter épico, se halla en armonía con el giro que hoy ha tomado el gusto público, y que por tanto será bien recibida, supuestos en ella los dotes poéticos de que no puede prescindirse en ningun escrito de este género.

En el caso que acabamos de presentar se encuentra el *Rasgo épico* titulado *Conquista de Córdoba por el rey S. Fernando*, escrito por D. Ignacio M. de Argote, marqués de Cabriñana, y persona muy ventajosamente conocida por su aficion á las letras, que ha cultivado y cultiva con notable éxito. La produccion de que brevemente vamos á ocuparnos, fué premiada con la caléndula de oro, en los juegos florales de Córdoba, celebrados hace pocos años.

Al principiar el canto primero, algunos capitanes, entretenidos en jugar las armas en la plaza del castillo de Ubeda, recientemente conquistado, esperan con impaciencia noticias del rescate de unos soldados almogavares cautivos de los moros; una nube de polvo anuncia su llegada; porque son ellos en efecto, y vienen capitaneados por Martin de Argote, el cual los ha rescatado para proponerles le ayuden en una empresa tan gloriosa como atrevida; esta es la toma de la Axarquía, arrabal amurallado de Córdoba.

Aceptada con entusiasmo la propuesta por aquellos pocos valientes, pónense en camino, y llegan á hora avanzada de la noche al pié del muro, que escalan algunos soldados; allí hacen prisionero á un moro, al que fuerzan á que les sirva de guia, y dado aviso á los de afuera, caminan cautelosos hasta la puerta llamada del Sol, defendida por el Alfaraz y sus guerreros; Argote le acomete, cercena su cabeza, y esgrimiendo el hacha rompe en pedazos la puerta, por donde penetra el cristiano escuadron. Los moros, rechazados por todas partes, se refugian á un torreon, el cual es tomado por asalto, despues de una tenaz resistencia.

Argote y los suyos, posesionados de un punto fuerte en el recinto mismo de Córdoba, comprenden que les es imposible, contando con tan escasas fuerzas, pasar mas adelante, y en su vista envian emisarios al gran Fernando el Santo, rey de Castilla y de Leon, el cual convoca á los señores y gente de guerra de las ciudades, poniéndose él mismo á la cabeza de su lucido ejército. El sitio de la antigua capital del imperio moro en España, así como su rendicion, son el objeto de los últimos cantos de este bello poema.

Notable acierto fué en el autor del pensamiento el de haber buscado un hecho de tan alto interés para todos los españoles. Córdoba, la sultana, la que por siglos habia brillado como emporio del poder musulman en nuestra península, la que habia difundido las luces de la ciencia árabe sobre el mundo entonces conocido, la madre de los sabios y de los guerreros, pasá á ser una de las mas preciosas joyas de la gloriosa corona de Castilla; la cruz del Salvador se levante sobre su maravillosa mezquita, y las enseñas de España ondean sobre sus fuertes torreones. ¿Y á qué se debe todo esto en primer término? Al arrojo de un puñado de valientes, cuyas proezas vivirán siempre en la memoria de cuantos amen el esplendor de su patria. El argumento, pues, no podia ser mas oportuno. Nosotros ignoramos si este se impuso como condicion del certámen, pero aunque haya sido así, no le queda poca parte de gloria al poeta que con tan feliz éxito ha logrado desenvolverlo é ilustrarlo con sus versos.

La verdad histórica está perfectamente respetada, lo cual no es nada comun, y la obra entera tiene un sabor de la época tal, que muestra que el autor ha trabajado aquella con conciencia y con especial estudio de las costumbres guerreras del siglo trece.

Por via de muestra de su versificacion, copiaremos aquí un par de octavas tomadas al acaso:

«Orgullosa ciudad de los amores,
Que gentil ostentabas y esplendente
Rica guirnalda de fragantes flores,
Diadema hermosa de tu altiva frente:
¿Dónde están tus marlotas de colores,
Tus mágicas huris, gala de Oriente?
¿Qué de tus zambras? ¿qué de tus festines?
¿Qué de Azáhara y Ruzafa y sus jardines?
.....
«Al brillar en Oriente el claro dia
El pendon tremoló del castellano
En la torre del Sol y en la Axarquía,
¡Y lidiaba tenaz el mahometano!
Y una voz desde el cielo repetia:
«Es inútil tu afan, tu esfuerzo es vano!
Valeroso Muñoz, alienta y anda:
Córdoba es tuya, porque Dios lo manda.»

Felicitamos cordialmente al autor, que tan dignamente lleva un apellido de antiguo ilustre en las letras españolas.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

(1) Abreviatura de Jacob.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.° 21 POR D. L.

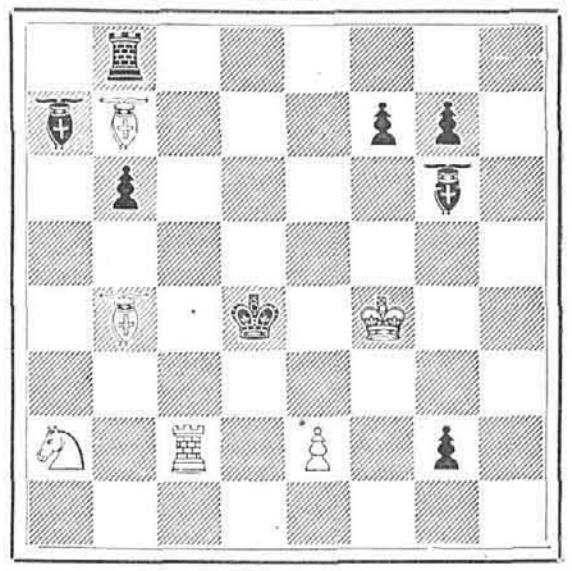
1.ª	C. 5.ª C.R.ª jaque.	R. come T.
2.ª	P. 4.ª R.ª	P. come P. al pasar.
3.ª	C. 6.ª R.ª	C. come C. jaq. descubierto.
4.ª	C. cubre R.ª jaque mate.	

SOLUCION AL PROBLEMA 17, POR EL SR. ZAMORA (DE ALMERIA).

	BLANCAS.	NEGRAS.
1.ª	R.ª 7.ª R.	Cab. de 3.ª TR á 2.ª AR. (la mejor).
2.ª	T. 6.ª TR.ª	Cualquiera cosa.
3.ª	Reina, mate, en tres diferentes casillas, segun sea la jugada del contrario.	

PROBLEMA N.° 1, POR D. EDUARDO MOJADO (DE MADRID).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 3 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

VESTIDO DE NIÑA DE 8 AÑOS.—Enagua de fulard blanco á cuadros verdes, orlada por un volante de cañones separados, guarnecidos con dos rizados de cinta verde; un boton sujeta cada cañon del volante; camiseta á buches de muselina blanca; cinturon ancho, atado al lado izquierdo. El corpiño es de forma de chaqueta corta, con guarnicion de rizados verdes.

VESTIDO DE SEÑORA.—Trage de pelo de cabra, color de café con leche; un rizado guarnece el borde de la enagua; sobre él hay unas presillas que llevan al rededor un volante estrecho, dispuestas en dos filas, de modo que formen una rama de hojas. Corpiño alto con mangas estrechas; manteleta de tafetan negro guarnecida de guipur negro. Sombrero de crin, del color del trage adornado con rosas y brezos.

NIÑA DE 10 AÑOS.—Trage de popelina de verano á listas blancas y violetas; tres tiras de tafetan violeta, de desigual ancho, van colocadas en lo bajo de la enagua encima del falso. Paletot de paño de verano gris, bordado de trencilla del mismo color; mangas estrechas y vueltas pequeñas. Sombrero redondo de paja gris, con plumas encarnadas y velillo de tul negro.

Solucion de la charada del número 23.

COMISARIO.

ADVERTENCIA.

Queda suprimida desde esta fecha la Administracion que teníamos establecida en Madrid, á cargo de D. Manuel Torrijos.

En el próximo número espresaremos á donde será trasladada.

Cádiz 10 de Junio de 1864.

A. de Cárlos.

Todo pedido de suscricion deberá venir acompañado de su importe en libranzas de Tesorería ó del Giro Mutuo, sin cuyo requisito no podrá ser servido.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

n.° 24.

Leroy Imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56. Rue de Jacob. Paris

© Biblioteca Nacional de España